

## Señor, Ayúdanos a ser de abajo, a volar bajo.

---

*Bogotá, 10 de septiembre 2010.  
Vº. Encuentro de Rectores.*

Señor y Padre mío, ayúdanos a comprender la grandeza de lo pequeño, la grandeza de ver y sentir las cosas desde abajo, como los de abajo y, ojala, con los de abajo.

Ayúdanos a ser de abajo. Que seamos capaces de reconocer nuestro pecado, sintiéndonos profundamente amados por vos.

Ayúdanos a ser de abajo, a volar bajo. Que seamos capaces de desnudarnos en toda nuestra pobreza y mostrarnos como somos desde dentro. Que seamos capaces de pedir ayuda, consejo. No de prepotencia, de vano orgullo como el que sabe.

Ayúdanos a ser de abajo. A reconocer que somos uno más de una comunidad y que estamos llamados a ser alegres. A escuchar a quienes servimos.

Ayúdanos a ser de abajo. A reconocer que sin ti nada podemos ni podremos.

Ayúdanos a ser de abajo. A no vender nuestra alma, a no negociar nuestras opciones. A responder a las familias retándolas, a ser felices pero incómodos, porque la pobreza nos indigna, porque la injusticia nos inquieta, porque los pobres nos duelen y no sólo a veces, sinopersistentemente.

Ayúdanos a ser de abajo. Reconociendo que no llegamos ni queremos ser ejemplo para nadie. Si lográramos ser ejemplo que sea de reconocer nuestro vano orgullo y sin embargo llamados a ser humildes, de reconocer nuestra incoherencia y sin embargo hacer algo, reconocer nuestra incoherencia y sin embargo llamados a ser coherentes. Reconociendo que nuestra humanidad también está deshumanizada, sin embargo llamados a ser más humanos.

Ayúdanos a ser de abajo, a volar bajo, teniendo sensibilidad ética y estética. A interpretar el recado de una partícula de polvo, palpable cuando se filtra un rayo de luz; a percibir el milagro de la vida en cada acontecimiento, en cada ser humano, en cada gota de agua, en cada brisa, en cada silencio; a escuchar la palabra de una pizca de mata, de forraje, de maleza, de helecho, hongo y moho, presente en el resquicio de una piedra, en medio de un inhóspito, deshabitado yermo, en la cumbre de una montaña o cordillera, en el corazón de una floresta recóndita y arcana. Creo, Señor, que en el ser más anodino, soso, vulgar, cotidiano, simple, pequeño late el secreto de Tu presencia y de Tu acción salvadora, compositora, forjadora.

Enséñame a apreciar el valor de un saludo amable, de una mirada afable, de una sonrisa regalada, de un gesto compasivo, de un silencio reverente. Que seamos capaces de llorar con los que lloran, a reír con los que se alegran, a vivir diariamente la cotidianidad de los seres humanos habituales de nuestra cotidianidad.

Danos sabiduría para alcanzar el sentido último de la palabra de Jesús: "Si no se hacen como niños...". Obséquianos una mirada misericordiosa que nos permita perdonar en lugar de condenar, que nos permita comprender antes que enjuiciar, que nos permita abajarnos antes de vanagloriarnos, que nos permita mirar de abajo antes de mirar por el hombro y admirar la pequeñez de tu humilde servidora, mujer cantora del misterio de tu infinita simplicidad, de tu adorable sencillez y de tu permanente indignación.

Señor ayúdanos a ser de abajo, a volar bajo. Dame, Señor, un corazón manso. Una existencia contemplativa y unas manos dispuestas a colaborar contigo en la construcción del mundo y de la historia. En un silencio hondo, optimista y indestructible.

Ayúdanos Señor a volar bajo, a ser de abajo. Haznos siervos humildes, enséñame a amar, a perdonar, a servir y sobre todo a tener un corazón manso y humilde para ser para ti un reflejo de amor.

Dale a nuestro corazón el amor y la entrega que nos haga el más pequeño, el más sirviente, el último; pero el primero en servir a quien se presente en mi camino. Dame la Gracia de tener un corazón dispuesto y obediente capaz de ver en los demás tu rostro.

Concédenos tu favor y tu gracias que ellas nos basta; porque al ver lo que somos, nos sentimos indignados, desengañados y doloridos, porque quienes somos no va con lo que sueñas y deseas.

Señor, ayúdame a ser de abajo, a volar bajo. Haznos humildes y sencillos de corazón, mansos, nobles, bondadosos y entregados; nuestra interior ansía volver a ser, a ser verdaderamente las personas a la que le diste vida para hacer reverencia, alabarte y servir, para pronunciar tu nombre bendiciéndote y pidiéndote ¡que no haya ni una palabra que no sea a mayor gloria tuya!

P. Arturo Moscoso Pacheco, SJ.  
Sucre – Bolivia.